



HOMENAJE A GARCÍA PAVÓN
LA INFANCIA CONTADA

Un testigo grato de la historia: Recursos expresivos en *Los liberales*, de Francisco García Pavón

Jesús Fernández Montes

Por la ironía se pone algo a conciencia ante nuestros ojos, fugazmente, y, al mismo tiempo, se destruye. El irónico no es enemigo de la plenitud visible, lo es de su permanencia. El ironista es contrario a los servicios de mantenimiento de las grandes afirmaciones, se apuesta en el acirrate del camino por donde pasan los novelistas de la novela total y no para de dispararles las pullas, los terrones o los envenenados párrafos de la sonrisa socrática, salpicazos de ese caldillo corporativo que se cuece en la olla de las plazas, en las mesas de la vieja costumbre y en los jaraíces más cordiales de la convivencia. El humor, esa excedencia de la inteligencia, la flor gratuita que lubrica e ilumina los jardines de la tolerancia, no debiera ser especie rara en los agonistas tiempos de la biodiversidad, estas calendas sombrías en que a la vida le está pasando lo que a un racimo de albillo que se quedara en una sola uva.

“Fue una tarde de solaguá. A veces caían unas chispas acariciantes, puntiagudas y, en seguida, riente, llegaba un sol ético y de gasa, dando verónicas de esperanza y chupándose el líquido”. Con este “servicio metereológico” literario se pone punto final en la crónica contada de *Los liberales* (1965), de F. García Pavón (Tomelloso, 1919-Madrid, 1989). Al poco termina la Guerra Civil y entierran a Doña Nati (“un personaje importantísimo para mi sensibilidad, para mi imaginero”), representante última y eximia del liberalismo tomellosero. Termina una época y esta figura femenina ha servido al autor de *El reinado de Witiza* como apoyo narrativo para recordar unos tipos humanos y un tiempo, los años 1936-39 en Tomelloso.

En esta colección de relatos que nos ocupa, García Pavón es un artesano ordenador de pequeñas historias entreveradas de oralidad y de memoria, un testigo grato ante la dura costumbre de la Historia, de lenguaje vivo y culto, suntuoso de popularidad y discurso, y atiborrado de protagonismo de vida y paisanaje. Porque no pretende presentar triunfadores (ni vencidos) modélicos, tipos o psicologías de manual novelesco, ramilletes de personajes destacados más allá de su condición vital, sino dibujar un mosaico reconocible, diverso y gris, poroso a lo popular y a su meollo sentimental y conversacional. Los modos socarrones del narrador, su retahíla verbal y su tono crean ese caldo de cultivo literario en donde lo que se cuenta es la historia como suceso y recuento de cosas, patria breve, lugar común y ameno (aunque no mucho); como paraíso imposible y alabanza de aldea, sostenida por el empuje cálido de la misericordia.

Lo que hace García Pavón es elegir una forma de hablar y de expresarse o de vivir y convivir, algo como ya sabido, recordado y contado por muchos, y le da un aire memorial, de humor irónico como nervio del cuento, rebozado de sabrosa y socarrona piedad, y también le infunde oralidad cálida y cercana, con brochazos cultos de persona de oficio. Ejemplo: “Los pitazos del órgano hecho flautas sonaron durante días por todos los barrios”, como dice con aliento solanesco en el cuento XIV, el mismo que presenta una teoría de la Guerra Civil. Y es que cuando la liberal Doña Nati, que pudo nacer en 1860, muere, termina una época de crónica de costumbrista y precisa artesanía. Al contado pone la pomada pía y literaria sobre la herida de la historia: “Lo inusitado y sin precedentes de aquel incendio (de la iglesia) y saqueo, tal vez jamás pensado de verdad por nadie, dejó un extraño silencio, un malestar, un estar fuera de lo que siempre fue normal” en “una de esas siestas manchegas que el viento quema las persianas verdes y las deja pardas para siempre. Siestas con sudor y dolor de cabeza, que obligaban a levantarse varias veces hasta el remedio del botijo”. Son cerentinos azuletes artísticos sobre el desconchón de la Historia.

Sobre todos los episodios y figuras de este tiempo pasa la estilográfica memoria del autor con sus matices lingüísticos zumbones; por ellos y por las maneras de escritura y por otras sutiles cosas más podemos considerarlo un ejemplo brillante de literatura manchega.

Hemos observado tres núcleos de expresiones lingüísticas características, agrupadas y diferencias en:

- 1) Palabras redichas (o cultismos retóricos).
- 2) Mancheguerías (donde usa, crea o recrea modismos propios de La Mancha con acierto expresivo y literario, enriqueciendo y potenciando así el habla); y
- 3) Los puntazos (que son desafueros irónicos donde saca los pies del tiesto de lo convencional con una miaja de mal disimulada mala uva). Y podríamos añadir también las contreras zumbonas o guasas, donde siempre aparecen, cada uno en su acera, lo culto y lo popular, el progreso y el inmovilismo.

Vamos a señalar algunas muestras de cada uno de estos hitos de su escritura en los que cimentamos su estilo más propio.

De las palabras redichas son ejemplos: “liberales”, “decamerón”, “puro romanticismo rural”, “paraíso jamonil”, “sillón giratorio del bureau”, “de dos culadas se corrió hasta su puesto de auriga”, “la bandera se ajaba y perdía la color”, “día tan luengamente esperado”, “los hijos de los músicos aparecían pegados a sus líricos padres para colarse en la plaza al abrigo de la solfa”. Todas llevan a una melancolía amable de la lengua oral reelaborada, a una evasión culto-irónica de la vida (dura) como un contrapunto de necesario cervantinismo.

En las mancheguerías (mancheguismos, podría decir alguien), García Pavón reinventa el lenguaje, lo potencia y enriquece y lo divulga. Así escribe: “banca”, “imaginero”, “carrillo”, “mi Paco”, “chacharear”, “a lo fresquito”, “escurrizón”, “viñas de liego”, “letras de mucho bulto”, “escalera tan pina”, “y dijo al cabo de un ratillo de rasque”, “sonlloro”, “tomar las ramaleras”, “la majencia de sus arreos”, “entramos en poblado a solespones”, “tener el pueblo a catajo”, “en la camarilla otra vez”, “los guardias que iban de tifus”...

Por “puntazos” entendemos metáforas o giros o descripciones con un adarme de intención de amplio espectro. Son ejemplos de estos agridulces varetazos pavonianos, que parecen uvas de agosto: “La idea política de cada cual no es fruto de ideas y meditaciones, sino de humores, de glándulas”, “ante aquel jolgorio el macho volvía la cabeza, filósofo”, “luego la guerra los apagó mucho”, “las prostitutas, tan sedientas de amor verdadero”, “(Luis) era a otros efectos aliadófilo”, “Doña Nati: soy pesada de cuerpo y de palabra”, “Plinio era famoso en toda la región manchega y parte de Andalucía”, “a mí me resultaba algo extraña la banda morada de la bandera de la República”, “el día 20 de julio de 1936 llegaron a ponerse las cosas cicutrinas para los astados”, “y respecto a la guerra dijo (Teodomiro) que era cosa de unos días”, “cuando (D. Eliseo) ya estaba malejo de la cabeza”...

En fin, con las “contreras” y otros recursos expresivos, Francisco García Pavón nos esboza su propia artesanía memorial, la evocación de un mundo con rebanadas de saberes, oficios, decires, vivires, retratos reconocibles, épocas municipales y regionales y nacionales de un hombre que escuchó diversas voces de la vida y también los vocablos de tinta y plomo de la mejor literatura. ■



García Pavón en su estudio de Madrid.